



Orthodox Church in America
DIOCESE OF THE MIDWEST

jueves, 2 de mayo de 2024

Fueves Santo

Nº. 80

MENSAJE ARCHIPASTORAL DEL
REVERENDÍSMO DANIEL
ARZOBISPO DE CHICAGO Y EL MEDIO OESTE

EN LA RADIANTE Y GOZOSA FIESTA DE LA PASCUA - 5 DE MAYO DE 2024

**Amado clero, monacato y laicado de la divinamente protegida
Diócesis de Chicago y el Medio Oeste:**

¡CRISTO HA RESUCITADO!

En la oscuridad de la noche entre el Sábado Santo y la Pascua, nuestras comunidades diocesanas, acompañadas por familiares, amigos e invitados, llevarán a cabo un antiguo rito mientras marchamos en procesión alrededor de nuestros templos, imitando a las fieles Portadoras de Mirra. En la oscuridad de la noche, ellas se dirigieron al sepulcro del Señor. Apenas habían presenciado los horribles eventos de la semana anterior, en la cual su Señor y Soberano había sido traicionado, injustamente acusado, brutalmente golpeado y crucificado—y su sagrado cuerpo colocado en un sepulcro prestado.

Al emprender su jornada al sepulcro, la mañana estaba aún por destellar y las oscuridad de la noche aún las cubría, como para acentuar la oscuridad de su profundo dolor y aflicción. Sí, aún fluyen libremente las lágrimas de estos últimos días. Estaban llenas de dolor, sobrecogidas por todo lo que habían presenciado; su temor y su preocupación solo intensifican su dolor. ¿Qué encontrarán cuando vengán al sepulcro? ¿Las molestarán o arrestarán los soldados de guardia? ¿Estarán allí las autoridades religiosas para burlarse de ellas y mofarse? También se preocupan por cómo habrán de mover la enorme piedra que cubre el sepulcro para así entrar y dar a su Señor un digno entierro. Los pesados fardos de especias y las jarras de mirra que cargan con ellas atrasan sus pasos. Y se dicen entre ellas: «¿Quién nos removerá la piedra de la entrada del sepulcro?» (Mc. 16, 3).

Cuando estas discípulas siempre fieles recorrieron el camino hacia el sepulcro, sus corazones estaban afligidos y sus mentes angustiadas por el obstáculo adicional que representaba la pesada piedra del sepulcro. En aquel momento, la piedra era para ellas el símbolo y la realidad del fin de la vida y la misión de Jesús. Él había sido sepultado, encerrado en oscuridad tras una piedra enorme—tal como las esperanzas de cada una de ellas. Aquel que había venido al mundo para salvar a los pecadores, y que proclamó misericordia y amor para todas las gentes, no recibió clemencia. Aquel que eximió a los pecadores de la carga de sus pecados fue condenado a cargar el peso de la Cruz. Su Señor y Soberano, que había librado a la mujer hallada en adulterio de una horrible

muerte por lapidación, ahora yacía tras aquella gran piedra, su cuerpo estrechado en un sudario. El peso de aquella piedra, obstáculo aplastante, se ceñía estrechamente a los corazones de estas fieles mujeres. No solo impedía su acceso al cuerpo de su Señor, sino que también representaba el fin de sus ilusiones y esperanzas, de la vida futura que su Señor les había prometido. Sin embargo, su dolor y sus temores desaparecieron al llegar a la tumba para completar su jornada de piedad y servicio, pues «cuando miraron, vieron que la piedra ya había sido removida, a pesar de que era muy grande» (Mc. 16, 4).

Queridos hijos e hijas, a veces nos encontramos muy agobiados y sentimos en nuestro corazón el mismo peso que sintieron las santas discípulas. A veces el peso de las cargas de la vida sofoca nuestro vivir y apaga nuestra esperanza. A veces nos abruman los miedos y los remordimientos, así como nuestro propio orgullo y terquedad. Todos encontramos el peso y la carga de piedras que nos roban el entusiasmo, la energía y la abundancia de la vida. Experimentamos esto en la pérdida de nuestros seres queridos y amigos, en los miedos y fracasos diarios que nos impiden lograr el bien que esperamos hacer, desde nuestro propio sentido de incapacidad o indignidad. Encontramos esta carga en el peso del ensimismamiento que sofoca nuestro deseo de expresar esperanza y amor genuinos. Cuando experimentamos estos y muchos otros tipos de dificultades y desafíos en la vida, como las mujeres ante el sepulcro, nos preguntamos: ¿quién quitará la piedra?

En esas horas tempranas de la mañana, las santas Portadoras de Mirra, cargando ese gran peso en sus corazones en el momento más oscuro de sus vidas, nos enseñaron una asombrosa lección: pues cuando vieron que la piedra había sido removida, entraron en el sepulcro: «Y entrando en el sepulcro, vieron a un joven sentado al lado derecho, vestido con ropaje blanco; y ellas se asustaron. Pero él les dijo: “No se asusten: ustedes buscan a Jesús Nazareno, el Crucificado. Ha resucitado, no está aquí; miren el lugar donde lo pusieron. Pero vayan, digan a sus discípulos y a Pedro: Él va delante de ustedes a Galilea; allí lo verán, tal como les dijo”» (Mc. 16, 5-7).

En ese momento, comprendieron que la oscuridad que las había envuelto se había convertido ahora en luz. Descubrieron que la muerte había destruido la muerte y restaurado la vida. Tal como lo habían hecho durante el ministerio público del Señor, presenciaban ahora la revelación del gran poder de Dios, el triunfo de la luz sobre la oscuridad y de la vida sobre la muerte. Ellas se habían preguntado: «¿Quién nos removerá la piedra?». Y descubrieron que fue el Señor Dios quien removió aquella piedra para siempre. Incluso ahora, al reunirnos para celebrar la victoria del Señor sobre el pecado y la muerte, Él levanta las piedras que cargan nuestros corazones para que la esperanza pueda nacer dentro de nosotros una vez más. Por tanto, como las santas mujeres, miremos también a Él.

Amados, Nuestro Señor Jesucristo es nuestra Pascua (cf. 1 Co. 5, 7). Él es quien transforma la oscuridad del mundo en luz, nos saca de la oscuridad del pecado y de la muerte, y nos levanta consigo al resplandor de su Reino. Al celebrar esta Pascua, levantemos nuestros ojos, «fijando la mirada en Jesús, el autor y consumidor de la fe, quien por el gozo que le esperaba sufrió la cruz y menospreció el oprobio, y se sentó a la derecha del trono de Dios» (Hb. 12, 2). Fijemos nuestra mirada en el Señor Resucitado, Aquel que nos lleva de las tinieblas a la luz, de la muerte a la vida. Fijemos nuestra mirada en el Dios de la Vida: entonces ningún peso nos cargará, ninguna piedra detendrá el gozo de la vida en Cristo, ningún sepulcro nos atraparé en los brazos de la desesperación. Elevemos nuestros ojos al Salvador Resucitado y pidamos que el poder de su

victoriosa resurrección quite cualesquiera sean las piedras que nos sujetan o nos detienen. Elevemos nuestros ojos a Él, Señor y Dador de vida, y sigamos adelante con la seguridad de que la vida eterna que Él ganó para nosotros ya está presente entre nosotros.

Amados hermanos y hermanas, extendiendo mis cariñosos y sinceros saludos en esta radiante y gloriosa fiesta. Que todos nosotros, eximidos de la carga del pecado y del dolor, nos regocijemos en la Luz y la Vida que nos han sido dadas por el Salvador Crucificado y Resucitado. Tengan la seguridad de mis oraciones por ustedes y todos sus seres queridos mientras celebramos la alegría de este gran Día de la Victoria, así como durante los próximos cuarenta días.

Con amor en el Señor Resucitado,

A handwritten signature in blue ink that reads "Daniel". The signature is written in a cursive, flowing style.

DANIEL

Arzobispo de Chicago y el Medio Oeste